

SÁTIRA MASCULINA, IRONÍA FEMENINA: DOS MODELOS OPUESTOS DE CRÍTICA EN LA EDAD MEDIA EN FRANCIA

M^a Jesús Salinero Cascante
Universidad de La Rioja

La sátira caracteriza la Francia medieval. Como señala Lenient: "Jamais peut-être dans aucun temps ni dans aucun pays, la satire n'a été plus universelle et variée. Elle revêt toutes les formes, parle toutes les langues"¹.

Efectivamente, el espíritu crítico será la válvula de escape en una sociedad sometida despóticamente a los dos grandes poderes, el feudal y el eclesiástico, ambos confinan al individuo dentro de un marco estrecho y dogmático que lo ahoga; por lo tanto, frente a tanta represión, es comprensible que la sátira se convierta en "la plus complète manifestation de la pensée libre"², sobre todo, teniendo en cuenta que es la fórmula más segura contra los riesgos que entraña una crítica severa, máxime cuando se ataca absolutamente todo, tanto lo humano como lo divino.

Una de las corrientes satíricas más enraizada y de mayor boga en toda la Edad Media fue la sátira antifemenina y misógina, que se manifiesta bajo formas³ muy diversas y por boca de varones de muy distinta condición social: curas, clérigos, filósofos, literatos, e incluso el propio pueblo a través de esa rica tradición oral. Ante toda esta corriente crítica, que ensombrece y distorsiona terriblemente la imagen de la mujer, ninguna voz se alza para hacerla frente, nadie parece atreverse a rebatir los duros ataques esgrimidos por hombres ilustres o de reconocido prestigio en el saber. Tampoco se eleva ninguna voz de mujer para defenderse a sí misma y a las de su sexo, lo que no debe de extrañar, dada la falta de instrucción de la mujer en la época⁴. Tendrán que correr los años para que una voz femenina preparada y valiente se abra

[1] C. Lenient (1859) *La satire en France au Moyen Âge* (5 ed.). Paris, Hachette, p. 6.

[2] *Ibid.*, p. 6.

[3] Sermones, discursos, dichos, etc. Desde la óptica literaria, la sátira contra la mujer aparece en todos los géneros literarios, con excepción de la narrativa cortés, de corte idílico.

[4] Vid. *Historia de las Mujeres* (dir. de Georges Duby y Michelle Perrot), t. 2. Madrid, Taurus, 1992 (1990).

paso a mediados del siglo XIV y tome con su pluma la defensa del honor de las mujeres, nos referimos a Christine de Pisan.

No es aquí el momento de glosar pormenorizadamente la figura de la autora; sin embargo, sí creemos necesario señalar algunos aspectos de su personalidad como mujer y escritora para comprender mejor su obra, esa obra que nace de su experiencia vital, porque como apunta Rose Rigaud: “il est difficile de séparer la personne de l’oeuvre et de n’avoir pas souvent recours à l’une pour expliquer l’autre”⁵. Christine no es como las demás mujeres de su tiempo; dos aspectos –a nuestro parecer– la singularizan: su vasta cultura y su coraje ante las dificultades. Uno y otro modelan en ella un espíritu lúcido, auténtico y valiente que defiende con vehemencia aquello en lo que cree.

Christine recibe de su padre una educación superior a la que reciben las damas de la Baja Edad Media. Posteriormente, ella misma se encarga de ampliar esta buena base con nuevos y profundos estudios de los que deja constancia a lo largo de su obra. Su erudición⁶ y su excepcional inteligencia⁷ son méritos indiscutibles que le valen el reconocimiento y la estima de sus contemporáneos (Eustache Deschamps, Mathieu, Thomassin), de poetas posteriores (Martin Le Franc⁸, Bouchet, Jean y Clément Marot), e, incluso, de algunos de sus adversarios en la polémica que mantienen en tomo al *Roman de la Rose*, como es el caso de Gontier Col que la considera “femme de hault et eslevé entendement, digne d’onnour et recommandacions grans”⁹.

A los valores de inteligencia y cultura superior, Christine añade una energía viril (“la femme virile” de la que habla Gerson, o “l’homme” en boca de la propia autora), es decir, una fuerza interior con la que afronta las adversidades que le sobrevienen en su viudedad. Esta misma energía es la que desplegará en su compromiso con la causa femenina. Efectivamente, la autora toma conciencia de la lamentable situación de la mujer en la sociedad, de su fragilidad, de su continuo vituperio y

[5] Rose Rigaud (1973) *Les idées féministes de Christine de Pisan*. Genève, Slatkine Reprints, p. 27.

[6] Su erudición es tan grande que en ocasiones puede resultar pedante, ofreciendo la imagen de una mujer “sabihonda” o “marisabidilla”. En esto se fundamenta G. Lanson cuando la define en su *Histoire de la Littérature Française* (Paris, Hachette, 1970) como “un des plus authentique *bas-bleus* qu’il y a dans notre littérature” (p. 163). Sin embargo, este es un aspecto circunstancial que no la representa.

[7] Christine alía a su enorme cultura una exquisita feminidad que la lleva a profundizar en los sentimientos y en los misterios del corazón (Véase su obra poética, especialmente, *Ballades*...). Sin embargo, toca también géneros tan poco femeninos como el político, el histórico y el moralista.

[8] Martin Le Franc le rinde un entusiasmado homenaje en la última parte de su *Champion des Dames*.

[9] *Le Débat sur le ‘Roman de la Rose’*. Ed. crítica de E. Hicks. Paris. Honoré Champion, 1977, p. 9. El encabezamiento de la misma carta supone, igualmente, un reconocimiento a su valía: “A prudent, honnoree et sçavant damoiselle Cristine”.

escarnio, lo que le lleva a preguntarse en su *Cité des Dames* sobre cuáles pueden ser las razones de semejante actitud hacia la mujer:

[...] pensant quelle puet estre la cause, ne dont ce puet venir, que tant de divers hommes, clerks et autres, ont esté, et sont, sy enclins a dire de bouche et en leur traittiez et escrips tant de diableries et de vituperes de femmes et de leurs condicions. Et nom mie seulement un ou deux ne cestuy Matheolus, qui entre les livres n'a aucune reputacion et qui traite en maniere de trufferie, mais generaument aucques en tous traittiez philosophes, pouettes, tous orateurs desquelz les noms seroit longue chose, semble que tous parlent par une meismes bouche et tous accordent une semblable conclusion, determinant les meurs femenins enclins et plains de tous les vices (Libro I, cap. 1, f. 2)¹⁰.

La sátira de los misóginos es destructiva ya que no tiene como fin enmendar los errores, pulir los defectos, progresar, en una palabra. No se trata de esa sátira de la que habla Schelling cuando dice “qu'elle est la véritable Némesis, l'invincible puissance ennemie du présent et complice de l'avenir”, ni tampoco la de Rabelais o la de Voltaire que animan a la reflexión profunda y a la necesidad de cambio para abrir a los hombres las puertas del futuro, como diría el autor renacentista. La sátira medieval, en lo que concierne a la mujer, lejos de ser una savia regeneradora, es gratuita e inmovilista, ya que hipoteca el progreso: la mujer a lo largo de la Edad Media ha visto limitar su papel al de esposa y madre.

Por otra parte, los satíricos raras veces se fundamentan en la realidad y cuando lo hacen, su tendencia a la generalización y a la distorsión convierten sus críticas en mezquinas, perversas y sobre todo injustas para las mujeres; por todo ello, Christine denunciará en numerosas ocasiones sus falsedades. Ella, por el contrario, habla con conocimiento de causa basando sus réplicas en su propia naturaleza femenina y en su relación con otras mujeres, como lo pone de manifiesto en su *Cité des Dames*:

Ces choses pensant a par moy tres profondement, je pris a examiner moy meismes et mes meurs comme femme naturelle, et semblablement discutoye des autres femmes que j'ay hantees: tant princepses, grandes deames, moyennes

[10] Christine de Pisan (1975) *Le Livre de la Cité des Dames*. Ed. crítica de Maureen Cheney Curnow (Vanderbilt University, Ph. A.). Michigan, Ann Arbor. Nuestras citas sobre la obra remitirán a esta edición.

et petites a grant foison, qui de leurs graces m'ont dit de leurs privetés et estroites pensees, sçavoir mon a jugier en conscience et sans faveur ce puet estre vray ce que tant de notables hommes, et uns et autres, en tesmongnent. Mais nonobstant que pour chose que je y puisse congnoistre, tant longuement y sceusse viser ne espluchier, je ne apperceusse ne congneusse telz jugemens estre vrays encontre les naturelz meurs et condicions femenines... (Libro I, cap. 1, f. 2).

Otro aspecto que suele definir al espíritu crítico, la originalidad, se ve mermada ante el carácter gregario de sus adeptos que se dejan llevar por la corriente que fluye desde la tradición clásica. Recordemos a Teofrasto, Valerio, Juvenal, Ovidio, etc.¹¹, todos ellos ponen de relieve la naturaleza perversa de la mujer, su lascivia, inconstancia y volubilidad, su avaricia y falsedad, así como su mal carácter. En la Edad Media la sátira misógina aparece fundamentalmente en las filas de la Iglesia y en la literatura.

La sátira de los hombres de Iglesia tiene como objetivo alertar en los sermones a los feligreses masculinos sobre la maldad de la mujer, cuyo modelo original será Eva; por lo tanto, tiene un carácter didáctico. A través de su magisterio, los clérigos enseñan también a sus alumnos una doctrina sesgada y errónea con la que perpetúan la mala imagen de la mujer. Christine, que no puede pasar esto por alto, denunciará sus “palpitantes mentiras” en su *Epistre au dieu d'Amors*¹²:

Si les baillent en matiere aux premiers
A leurs nouveaulx et jeunes escolliers,
En maniere d'exemple et de dottrine,
Pour retenir en age tel dottrine

Dentro de la literatura observamos dos tipos de sátira: la sátira por convención, más que por convicción, que aparece con relativa frecuencia en los textos literarios. Citemos como ejemplo a André Le Chapelain, a la literatura burguesa de los *fabliaux*, a la narrativa del s. XV con las *Cents Nouvelles nouvelles*, etc. La mayoría de estas obras recogen sin más el testigo de la tradición misógina; sus sátiras, por lo general, no revisten un carácter violento o rencoroso, incluso suelen ser las más ingeniosas. Si

[11] Vid. E. Langlois, *Origines et sources du Roman de la Rose*. Genève, Slatkine Reprints (1890) 1973, pp. 110, 119-121, 131, 140-1.

[12] Maurice Roy (1965) *Oeuvres Poétiques de Christine de Pisan*, t. II. Paris, Librairie de Firmin Didot.

las mujeres son vapuleadas, también lo son los maridos, los clérigos, los villanos, etc. Los vicios, argucias y defectos sirven aquí para provocar la risa, y esta parece ser su intención.

La otra sátira es la más corrosiva. Aparece en obras como las *Lamentations* de Matheolus, el *Miroir de Mariage* de Eustache Deschamps y las *Quinze Joies de Mariage*, que tienen como fin advertir sobre la naturaleza nefasta de la mujer, y sobre los peligros que entraña la convivencia matrimonial; también aparece en el *Roman de la Rose* de Jean de Meung, aunque aquí la sátira se despoja de ese valor didáctico, convirtiéndose exclusivamente en un arma para injuriar, ridiculizar y envilecer a la mujer. Es la sátira más gratuita y demoledora, ya que bebe en el fanatismo. Es, quizá, la sátira del misógino convencido. Lamentablemente, el éxito de la obra de Meung fue tal, que su fama se extendió a los siglos posteriores, levantando la polvareda de una gran disputa entre los defensores de la mujer y los defensores de Meung y de su obra, nos referimos a la “Querelle de la Rose” en la que participará activamente Christine de Pisan.

Efectivamente, en su ahínco por rehabilitar la maltrecha imagen de la mujer, Christine se convierte en su mejor paladín. Sin embargo, su lucha será dura porque tendrá que enfrentarse a “grandes autoridades” —como ella dice— y rebatirles argumento por argumento, aunque con distintas armas. Si los misóginos utilizan fundamentalmente la sátira para sus descalificaciones, Christine recurre a la ironía que se convierte en su arma de mujer. Un arma inteligente que introduce la polémica, y encubre el ataque bajo la formulación antifrástica. Es el caso de cuando cuestiona el “entendimiento” y la “clarividencia” de “tantos hombres preclaros” afirmando que si todos ellos se ponen de acuerdo en este tema es porque deben de estar en lo cierto, aunque ella en “su ingenuidad e ignorancia” no reconoce esos graves defectos que comparte con las demás mujeres:

J'arguoye fort contre les femmes, disant que trop fort seroit que tant de si renommez hommes —si sollempnelz cleres de tant hault et grant entendement, si clerveans en toutes choses, comme il semble que ceulx fussent— en eussent parlé mençongieusement et en tant de lieux, que a paine trouvoye volume moral, qui qu'en soit l'otteur, que avant que je l'aye tout leu, que je n'y voye aucuns chappitres ou certaines clauses au blasme d'elles. Ceste seulle rayson brief et court me faisoit conclurre que, quoyque mon entendement pour sa simplece et ignorance ne sceust congnoistre les grans deffaultes de moy mesismes et semblablement des autres femmes... (*La Cité des Dames*, Libro I, cap. 1, f. 2)

La ironía es un arma que pone, además, distancia entre ella y sus adversarios, ya sean coetáneos (en este caso mantiene un delicado respeto, lo cual no le impide decir (“car le pecheur on ne doit diffamer”, *Epistre au dieu d’Amor*, v. 209), o aquellos que engrosan las filas de la tradición misógina. Pero contra todos arremete Christine, porque todos ponen su empeño en hacer creer que la mujer es un ser despreciable, y lo hacen con tanta fuerza y convicción que llegan a poner en entredicho la obra de Dios, y a convencer a la propia mujer que acaba creyéndolo. Christine escribe sobre ello e ironiza sobre su deseo de ser hombre “para que no me equivoque en nada y tenga esta gran perfección que dicen tener los hombres”:

Et en conclusion de tout, je determinoye que ville chose fist Dieux quant il fourma femme, en m’esmerveillant comment si digne ouvrier daigna oncques faire tant abominable ouvrage qui est vaissel, au dit d’iceulx, si comme le retrait et herberge de tous mauux et de tous vices. Adonc moy estant en ceste penssee, me sourdi une grant desplaisance et tristesse de couraige en desprisant moy meismes et tout le sexe feminin, si comme ce fust monstre en nature. Et sisoye telz parolles en mes regraiz: “Ha! Dieux, comment puest cecy estre? Car se je ne erre en la foye, je ne doy mye doubter que ton inffinnie sapience et tres parfaite bonté ait riens fait que tout ne soit bon? [...] Et toutesvoyes voycy tant de si grandes accusations, voire toutes jugees, determinees et concluses contre elles [...] Helas! Dieux, pouquoy ne me faiz tu naistre au monde en masculin sexe, a celle fin que mes inclinacions fussent toutes a te mieulx servir et que je ne errase en rien et fusse de si grant perfeccion comme homme masle ce dit estre?” (*Cité*, Libro I, f. 3)

Christine lleva a cabo la rehabilitación de la maltrecha imagen femenina a través de una serie de escritos: la *Epistre au dieu d’Amours*, *Le dit de la Rose*, las *Epistres sur le Roman de la Rose* (estas dos últimas enmarcadas dentro de la Querrela de la Rosa) y la *Cité des Dames*. En ellos desmonta las calumnias de los misóginos, siguiendo los consejos que “Razón” le da en *La Cité des Dames*, es decir, yendo a su propio terreno, dando la vuelta a sus escritos: “Si te conseille que tu faces ton prouffit de leurs diz et que tu l’entendes ainsi, quel que fust leur entente, es lieux ou ilz blasment les femmes” (*Cité des Dames*, Libro I, f. 3). Por último, abre tres frentes contra los que dirige su artillería: la autoridad de los que critican, la naturaleza femenina y el saber de la mujer.

Efectivamente, cuestiona la autoridad de los misóginos en materia de naturaleza femenina, fundamentalmente la de los clérigos, ¿de dónde les viene tanto conocimiento? En principio ellos son ignorantes en esta materia, lo que le lleva a exclamar con enojo en la *Cité des Dames*: “Or se taisent!, Or se taisent d’or en avant, les clers mesdisans de femmes, ceulx qui en ont parlé en blasme [...] et baissent les yeux de honte de ce que tant en ont osé dire a leurs diz, considerant la verité qui contredit a leur diz” (Libro I, f. 25). Sin embargo, en ocasiones todo indica que han estudiado a las mujeres muy de cerca, demasiado de cerca, ellos que tan hipócritamente critican la naturaleza lujuriosa de la mujer y que predicán la abstinencia a sus jóvenes escolares:

Plus qu’autre gens en furent affolé,
Non pas d’une seule mais d’un millier
(*Epistre au dieu Amour*, vv. 324-325)

Si es que también las conocen, argumenta irónicamente Christine, su concepto negativo sólo puede deberse a que frecuentan las peores de la especie, aquellas que se prestan a sus deseos:

Quelle merveille? Car il n’est nulle doubtte
Que, quant uns homs en tel vilté se boutte,
Il ne va pas querant les vaillants dames
(*Epistre au dieu Amour*, vv. 324-325)

En la *Epistre au dieu d’Amours*, Christine defiende la naturaleza “débonnaire, moult piteuse, humble, douce, coye...” de la mujer, en contra de los que la consideran voluble, inconstante, necia, irritable, frívola, tonta, charlatana, vanidosa, glotona, borracha, perversa, cabezota, dominadora, cruel, vengativa, asesina, ladrona, egoísta, lujuriosa, celosa, envidiosa, etc.; es decir, todo un dechado de virtudes¹³. Dada la gravedad de las acusaciones, la autora convierte su poema en una enérgica protesta contra la difamación que, desde todos los ángulos, se hace de la mujer. Su indignación y la dureza de sus críticas se ven, no obstante, amortiguadas al utilizar como vehículo de expresión la forma de un poema cortés dedicado al dios Amor.

Como es imposible detenernos en el estudio de cada una de las acusaciones, tomaremos de ejemplo tan sólo algunas de ellas. Se dice que la mujer es de voluntad débil y voluble, lo que la convierte en presa fácil de los seductores. Este tema preocupa bastante a Christine, ya que considera a los hombres los verdaderos responsables,

[13] Para una visión más amplia del tema, remitimos al estudio de T. Lee Neff (1974) *La satire des femmes dans la poésie lyrique française du Moyen Âge*. Genève, Slatkine, Reprints.

puesto que ponen todo su empeño (“cuer, corps et avoir”) en conquistarla y, como es lógico, la mujer de natural ingenuo acaba cayendo. Sin embargo, Christine pone de relieve la gran contradicción: ¿cómo es posible que para seducir a una débil mujer (“engañar sin más a una doncella”) sean necesarios tratados sobre el arte de amar como el de Ovidio¹⁴, y penosos esfuerzos, y un largo proceso? La ironía de la autora al desmontar semejante contrasentido se pone de manifiesto en los versos 390-397:

Quel long procès ! Quel difficile chose !
 Et sciences et cleres et obscures
 Y met il la et de grans aventures !
 Et que de gent soupploiez et rovez
 Et de peines et de baraz trouvez
 Pour decevoir sanz plus une pucelle,
 S'en est la fin, par fraude et par cautelle !
 A foible lieu faut il donc grant assault !
 (*Epistre au dieu d'Amours*)

Christine está aludiendo de manera clara al *Roman de la Rose*, centrado en el tema del “asalto” a la dama. En sus *Epistres sur le Roman de la Rose*, critica duramente la misoginia de Meung y el planteamiento moral de su poema: reducir el amor a la satisfacción del apetito sexual del hombre, objetivo que queda enmascarado tras la aparente “unión de corazones” que consigue engañar a la mujer, más sentimental. Christine rechaza esta consideración que limita la mujer a ser el objeto del deseo masculino y, con gran valentía, no sólo critica la obra de Meung y su sarcasmo contra las mujeres, sino que incluso cuestiona su retórica; es decir, rechaza tanto lo que se dice, como la manera procaz e injuriosa de cómo se dice. En contra de la opinión general que considera a Meung, como dice Pierre Col, “le très excellent et irréprehensible docteur”, “hault philosophe en tous les sept ars liberaux, clerc très perfond”, Christine ironiza sobre el hecho de que haya necesitado emplear 18000 versos para transmitir siempre la misma idea sobre la mujer y sin el arte y el ingenio de su predecesor, Guillaume de Lorris¹⁵. En su opinión, Meung ha malgastado su energía y su tiempo en un tema lamentable y así se lo hace saber a Gontier Col en una de sus cartas¹⁶:

[14] Christine dice al respecto: “Ha! Livre mal nommé L'Art d'amours! Car d'amours n'est il mie! Mais art de faulse malicieuse industrie de decevoir fanmes puet il bien estre appellés. C'est belle doctrine! Est ce dont tout gaaignié que de bien decevoir ces fames?” (en Lettre a Pierre Col, *ed. cit.*, pp. 138-9).

[15] La visión perspicaz de la autora sobre la aportación de Meung al *Roman de la Rose* coincide en lo esencial con el parecer de la crítica actual. Lenient, que considera a Meung como el “Homero de la sátira”, dice, sin embargo, que no posee el ingenio ni el arte de su predecesor, por el contrario es “un génie âpre, violent, cynique, lance le mot salé à la façon de Villon et de Régnier” (*Op. cit.*, p. 151).

[16] “Lettre au Prevost de Lisle, Gontier Col”, *Le Débat sur le Roman de la Rose. Ed. cit.*, p. 20.

Mais tant m'y semble appercevoir que grant labour fut prins
sanz aucun preu. Non obstant que mon jugement confesse
maistre Jehan de Meun moult grant clerc, soubtil et bien
parlant; et trop meilleur œuvre plus prouffitabile et de
sentement plus hault eust sceu mectre sus s'il s'i feust
appliqué –dont fu damage

Christine considera que el principal deber del escritor es contribuir a enseñar el bien y las buenas costumbres, de ahí su reproche a Jean de Meung y su *Roman de la Rose*

... je dis derrechief et replique, et triplique, tant de foiz
comme tu voudras, que le dit intitulé Le Rommant de la
Rose [...] puet estre cause de mauvaïse et perverse exortation
en très abhominables meurs, confortant vie dissolue, dottrine
pleine de decevance, voye de dampnacion, diffameur pu-
blique, cause de souspeçon et mescreantise et honte de
pluseurs personnes ...¹⁷

E insiste con ironía:

Ha! Quel semence et quel doctrine! Quans grans biens en
peuent ensuivre! Je croy que maint en ont laissé le monde
et entréz en religion ou devenus hermites pour celle sainte
lecture, ou retrais de male vie et estre, sauvés de tel
ennortement, qui sans faille onques ne vint, dire l'ose a qui
qu'il desplaise, fors de courage corrompu et habandonné a
dissolucion et vice –qui puest estre cause de grant
inconvenient et pechié¹⁸.

Volviendo al tema de la seducción de la mujer, la autora critica, además, el hecho de que tras lograr triunfar en su asedio, los amantes, van proclamando su hazaña para vanagloriarse de ella, dejando el nombre de sus damas en entredicho; su lugar favorito la taberna y así denuncia en su *Epistre au dieu d'Amors*: “La sont femmes moult laidement nommées / Souventes fois et sanz cause blasmées ... / tan ayent ils blondes ou brunes treces”, vv. 156 y ss. Christine una vez más ahoga la violencia de su indignación con la ironía:

[17] *Ibid.*, p. 26. Como tantos otros escritores del medievo, Christine aboga por imprimir a lo que se escribe un carácter didáctico.

[18] En respuesta a la carta enviada por Gontier Col. *Ed. cit.*, p. 16.

Dieux, quelz parleurs ! Dieux, quelles assemblées
Ou les honneurs des dames son emblées ! (vv. 163-4)

Christine también defiende con ahínco la causa abierta contra las mujeres en relación con el tema del matrimonio. Numerosas son las obras que critican duramente la actitud de la mujer en la relación conyugal. Nos referimos sobre todo a las *Lamentations* de Mateolo, al *Miroir de Mariage* de Eustache Deschamps, y a las *Quinze Joyes de Mariage*¹⁹. Todas ellas siguen en realidad el camino abierto por los clérigos que suelen distorsionar la doctrina de los Padres de la Iglesia en materia matrimonial, pues estos no critican a la mujer, sino al matrimonio, al preferir el celibato como el estado de mayor espiritualidad del hombre. Los clérigos, por el contrario, lanzan tremendos ataques contra la mujer que es considerada taimada, capaz de engañar al marido de mil formas diferentes, pero siempre en su provecho, ambiciosa, despilfarradora, infiel, dominante... en fin, posee todos los vicios.

Las *Quinze Joyes de Mariage* ofrecen una buena muestra de los “sufrimientos” que padece el pobre marido, ese buen hombre que será dominado y vejado por su mujer, y tratado como un animal (“Si elle le vieult, il sera, si el ne vieult, il n’en sera riens, car le bon homme est si bien dompté qu’il est débonnaire comme le boeuf a la charue”, Joie XII)²⁰. Este retrato de la vida conyugal no se adecúa a la realidad social, y Christine lo sabe. En su *Cité des Dames*, y por boca de Razón, arremete contra los argumentos de Mateolo y especialmente contra el *Roman de la Rose*, “que goza de mayor crédito por la autoridad de su autor”:

Car ou fu oncques trouvé le mari qui tel maistrise souffrist
avoir a sa femme que elle eust loy de tant luy dire de villenies
et d’injures comme yceulx mettent que femmes dient? Je
croy que, quoyque tu en ayes veu en script, que oncques
nul de tes yeux n’en veis, si sont mençonges trop mal
coulourees (*Cité des Dames*, Libro I, f. 3).

Christine encara por primera vez en la *Cité des Dames* un tema que le preocupa sobremanera, la igualdad de los dos sexos, que sólo será posible cuando la mujer alcance el mismo nivel intelectual del hombre. Para su defensa retoma y rebate, en primer lugar, el concepto misógino de considerar a la mujer inferior al hombre y

[19] También existen otras obras de menor importancia que surgen a imitación de las primeras: *Les Ténèbres de Mariage*, *La Complainte du nouveau marié*, *Le Sermon nouveau et fort joyeux, auquel est contenu tous les maux que l’homme a en mariage*, *la Complainte douloureuse de Nouveau marié ...*

[20] *Les Quinze Joies de Mariage* (ed. de Jean Rychner). Genève, Droz, 1967.

supeditada a él al descender Eva de Adán. Dios –dice Christine– creó a Eva *dentro* del Paraíso y no fuera como a Adán, y si la formó de una de sus costillas fue “en signifiante qu’elle devoit estre costé lui et non mie a ses piez”. Lo verdaderamente importante, según la autora, es medir a los seres humanos por su virtud (“en la perfeccion des meurs et des vertues”) y no por su sexo.

En segundo lugar, defiende con mucho interés la igualdad intelectual de la mujer en relación con el hombre. Christine sabe que esta batalla es fundamental pero muy difícil, ya que el tema del intelecto femenino ha sido uno de los más atacado por los misóginos a través de sus sátiras. Estos consideran la estupidez de la mujer extrema y proverbial; suelen afirmar –dice ella– que el saber femenino no tiene ningún valor (“Et ses hommes communement dient que leur savoir est comme chose de nul pris” *Cité*, Libro I, f. 24) y cuando “on raconte de quelque follie, de dire c’est sçavoir de femme” (*Cité*, Libro I, f. 24). Sus injurias y sarcasmos hieren en propia carne la intelectualidad de Christine. Ella sabe que las mujeres tienen buen juicio y poseen una gran capacidad para enseñar y “civilizar” la rudeza masculina. Ante las pruebas irrefutables que aporta en la *Cité*, se pregunta cómo pueden decir los hombres que las mujeres sólo sirven para “porter enfans et filler”.

Pero Christine sabe también que el principal escollo de la mujer en este terreno no es su capacidad, que la tiene, si no la imposibilidad de acceder al conocimiento. La mujer medieval es, por regla general, ignorante. Regine Pernoud escribe sobre ello: “Au cours de ce XIVe siècle, le savoir devient un domaine réservé aux hommes, aux clercs dûment diplômés par l’une ou l’autre des facultés”²¹. Christine es consciente de que la ignorancia propicia la ingenuidad de las mujeres y facilita que sean engañadas y escarnecidas por los hombres, situación que las convierte en víctimas seculares. Si las mujeres hubieran recibido la misma educación que los hombres, habrían ellas mismas podido rebatir tanta mentira, lo que la lleva a exclamar con vehemencia: “Mais si les femmes eussent les livres faits, / Je sais de vrai qu’autrement fût du fait!”, claro reproche a aquellos que pudiendo cambiar las cosas no lo hacen.

En resumen, Christine defiende, guiada por su conciencia, aquello en lo que cree (“Trop me seroit grief estre subgette a tel servitude que n’osasse respondre a autruy veritey selon ma conscience”²²). Su mayor compromiso es, como hemos dicho, la defensa del honor femenino que asume guiada por Razón, Droiture y Justice, y con la convicción de su total competencia como mujer: “Et de tant comme voirement suis femme, plus puis tesmoingnier en ceste partie que cellui qui n’en a l’experience,

[21] Régine Pernoud (1982) *Christine de Pisan*. Paris, Calmann-Lévy, p. 107.

[22] “Lettre a Pierre Col”, *Le Débat sur le Roman de la Rose*. Ed. cit., p. 149.

ains parle par devinailles et d'aventure"²³. Su valentía es enorme y no se amilana ante los ataques que le dirigen los misóginos y los seguidores de Meung; frente a sus críticas, expresa su derecho a defender a su sexo, y así se lo hace saber a Gontier Col en una de sus cartas. En ella se intuye una amarga ironía ante la gravedad y el alcance de la doctrina de Meung: "Et ne me soit imputé a follie arrogance ou presompcion d'oser, moy femme, repprendre et redarguer aucteur tant subtil et son œuvre admenuisier de louenge, quant lui, seul homme, osa entreprendre a diffamer et blasmer sans exception tout un sexe"²⁴.

Christine, sola frente a todos, y con una voz que, aunque ella compara humildemente con "la voix d'ung petit grisillon"²⁵ se hace oír y respetar introduciendo la controversia en el seno mismo de la misoginia y el antifeminismo medieval. Sus armas personales: el conocimiento, el sentido común y la honradez; sus armas retóricas la ironía, la antífrasis y la argumentación que confieren a sus réplicas un carácter inteligente, elegante y sutil. Gracias a ellas, se aleja por completo del discurso ofensivo, impulsivo y burdo de las sátiras masculinas y de los asertos injuriosos de sus denigradores. Su ironía, que se asemeja a la socrática, le lleva, en muchas ocasiones, a preguntarse sobre la naturaleza femenina para contestar a renglón seguido. Sus respuestas, incluso cuando toman la apariencia de una aceptación resignada de las tesis misóginas, esconden en su seno la hostigamiento y la dialéctica. Christine no se rinde y las grandes autoridades (Padres de la Iglesia, filósofos y escritores) son sabiamente desautorizadas. De este modo, ella se convierte en la mujer que agujonea las conciencias satisfechas de los que viven asumiendo, como algo probado, la naturaleza perversa de la mujer. Ella misma (ese "moy Christine" que reivindica con fuerza), se convierte por su dignidad, su virtud y su saber, en el mejor argumento de todos cuantos ha esgrimido en favor de la mujer.

[23] "Lettre au Prevost de Lisle, Gontier Col", *Le Débat sur le Roman de la Rose*. Ed. cit., p. 19.

[24] *Ibid.*, p. 22.

[25] "Lettre a Pierre Col", ed. cit., p. 146.